



de la escuela, es tener que separarme de la familia de este modo. Mi familia es lo mejor del mundo para mí.

Siempre he envidiado al hombre cuyo trabajo está ordenado de tal modo que le permite pasar las veladas al lado de la familia y creo que esta clase de hombres no aprecian en su valor justo el inapreciable privilegio de que gozan. Renuncio á explicar el placer que entraña el escapar de las multitudes y de los abrazos, dejar de viajar y encerrarse en la casa con la familia, aunque sólo sea por unos instantes.

Otra de mis íntimas satisfacciones en Tuskegee es una reunión de media hora en la capilla, que tiene lugar todas las noches, á las ocho y media, y á la que pueden asistir discípulos, maestros y parientes, para tomar parte en el servicio religioso, el último ejercicio antes de acostarse. Verdaderamente es un espectáculo que conforta la vista el de un auditorio compuesto de unos mil doscientos jóvenes de ambos sexos, gravemente recogidos y atentos, y no puede menos que considerarse como un verdadero privilegio el poderles ayudar á vivir una vida elevada y útil.

En la primavera de 1899, recibí una de las mayores sorpresas de mi vida. Algunas damas organizaron en el teatro Hollis street de Boston un reunión pública á beneficio de Tuskegee. Congregóse lo más selecto de Boston, blancos y negros. Presidió la sesión el obispo Lawrence. Yo pronuncié un discurso; el señor Pablo Lawrence Dunbar leyó alguno de sus poemas y el doctor W. E. B. du Bois dió lectura á una memoria que había redactado.

Debí dar muestras de fatiga y al terminarse la sesión una de las damas que la habían organizado, me preguntó, como de pasada, si había estado ya en Europa. Al recibir mi respuesta negativa, insistió para preguntarme

si había pensado hacer ese viaje algunã vez. Le respondí que mis medios no me permitirían satisfacer un deseo de este género. Nada más. Ya me había olvidado de aquella conversación cuando, algunos días más tarde, se me hizo saber que amigos míos de Boston, entre otros el señor Francis, J. Garrison, habían reunido la suma necesaria para que emprendiéramos un viaje de tres ó cuatro meses á Europa, mi mujer y yo. Se me añadía que no teníamos derecho á negarnos. Ya, un año antes, el señor Garrison me había hablado de este viaje, aunque por hacerlo fuera de propósito yo no había prestado atención á sus palabras. Pero, ahora, se había decidido á unir sus esfuerzos á los de aquellas damas y cuando me hablaron á mí, todo estaba ya previsto: él había trazado el itinerario y había comprado nuestros pasajes en el vapor que debía transportarnos.

Estos proyectos fueron tan inesperados y se combinaron con tal rapidez que literalmente quedé asombrado al conocer la noticia. Durante diez y ocho años había estado metido en mi obra de Tuskegee y no creía poder hacer otra cosa en toda mi vida. Cada día la escuela necesitaba más de mí para sus gastos diarios. Tuve que dar las gracias á mis excelentes amigos de Boston y manifestarles que mi viaje á Europa era para mí una cosa materialmente imposible, porque la escuela no podría vivir pecuniariamente en mi ausencia. Respondióseme en seguida que el señor Henry L. Higginson, con otros amigos cuyo nombre no quiero pronunciar para no molestarles, se ocupaba activamente en ir recogiendo la suma necesaria para asegurar la marcha de la escuela durante mi ausencia. Entonces me vi obligado á rendirme á discreción: no había excusa posible. Me preparé para la marcha.

Todo aquello me hacía el efecto de un sueño; no po-

día comprender que se tratara de un proyecto real; me costaba trabajo creer que era yo mismo el que había de marcharme á Europa. Yo había nacido en la esclavitud y había crecido en los abismos de la ignorancia y la pobreza. En mi infancia había padecido hambre y frío: no tenía casa. Ya era casi un hombre cuando gusté por la primera vez el privilegio de sentarme á una mesa para comer. El lujo y el bienestar me parecían entonces cosas únicamente destinadas á la raza blanca. En cuanto á Europa, Londres y París eran, para mí, paraísos de sueño; y ¡he aquí que yo iba á disfrutar del inestimable privilegio de visitar Europa! No podía quitarme estos pensamientos de la cabeza.

Me preocupaban, además, dos cosas. Tenía miedo de que al conocerse la noticia de nuestro viaje, las gentes, ignorantes del modo en que podíamos llevarlo á cabo, nos creyeran envanecidos y ganosos de darnos importancia. Con mucha frecuencia había oído en mi juventud pronunciar este juicio, á propósito de individuos de mi raza que habían logrado triunfar; solía decirse que, al mejorar de fortuna, perdían la cabeza y querían imitar á los ricos. Tenía yo miedo de provocar iguales críticas. Por otra parte la conciencia me remordía al abandonar el trabajo. Era cada vez mayor el que tenía que realizarse y me parecía mal tomarme aquellas vacaciones mientras los demás continuaban en la faena. Yo había trabajado desde muy niño y no podía acostumbrarme á la idea de pasar tres ó cuatro meses sin hacer nada; para decirlo de una vez no sabía cómo empezar mis vacaciones.

Mi mujer compartía mis sentimientos; lo que principalmente influyó en ella fué el deseo de procurarme un reposo, que al parecer me hacía mucha falta. Teníamos tanto más reparo en emprender aquel viaje cuanto que

gran número de cuestiones vitales para el porvenir de la raza negra se discutían en aquel momento. De todos modos hicimos saber á nuestros amigos de Boston que partiríamos y ellos nos suplicaron que apresurásemos la marcha. Fijamos el día 10 de Mayo. Mi excelente amigo Garrison había dispuesto todo lo necesario para el viaje: íbamos provistos de cartas de recomendación para infinidad de personas en Francia y en Inglaterra. Todos los detalles para asegurar nuestra comodidad y nuestro bienestar en los sitios que debíamos visitar estaban ordenados de antemano. Luego de despedirnos de nuestros compañeros, discípulos y amigos de Tuskegee, salimos para New-York el 9 de Mayo, dispuestos á embarcarnos. Nuestra hija Portia, que por entonces hacía sus estudios en South Framingham (Massachussets), fué á New-York y asistió á nuestra partida. El señor Scott, mi secretario, me acompañó á bordo y de este modo pude aprovechar, hasta el último momento, disponiendo lo necesario sobre los asuntos que quedaban en suspenso. Algunos instantes antes de embarcarnos recibí otra sorpresa agradable bajo la forma de una carta en la que dos damas generosas nos ofrecían la suma necesaria para levantar un edificio que pudiera servir de taller para nuestras alumnas.

El vapor que iba á transportarnos era el *Friesland* de la *Red Star Line*, un barco soberbio en verdad. Pasamos á bordo antes del medio día, hora en que debíamos zarpar. Nunca había estado á bordo de un transatlántico; experimenté una sensación indescriptible, una mezcla de terror y goce al mismo tiempo. No dejó de causarnos profunda satisfacción ver que el capitán y alguno de los oficiales del navío no solamente estaban advertidos de nuestra presencia sino que ya nos esperaban para hacernos una excelente acogida. Conocíamos

á algunos de nuestros compañeros de viaje como el Senador Sewell y Eduardo Marshall, el periodista. Temí un momento que algún pasajero pretendiera humillarnos. Mis temores tenían por origen lo que me habían contado algunos negros que no habían sido bien tratados en vapores americanos. Pero, mis temores se desvanecieron viendo la exquisita amabilidad que nos demostraban desde el capitán hasta el último empleado. Lo mismo pudimos observar en todos los pasajeros, sin excepción de ningún género; había á bordo gentes del Sud que nos trataron con cordial amabilidad.

A medida que el barco se alejaba del puerto, me iba ganando una inmensa tranquilidad: parecía que se me quitaban de encima, á razón de una libra por minuto, todas las preocupaciones, angustias y responsabilidades que me habían embargado durante diez y ocho años. Por la primera vez, al cabo de tanto tiempo, respiraba con entera libertad y me es imposible explicar el bienestar que me producía esto junto con el encanto de saber que pronto me hallaría en Europa. Vivía como en un sueño.

Gracias al señor Garrison teníamos los camarotes más confortables del barco. Al segundo día de travesía entráronme unas ganas tremendas de dormir; dormí quince horas diarias mientras duró la travesía: hasta entonces no me dí cuenta del extremo de fatiga á que había llegado y seguí con este régimen durante todo un mes á mi llegada á Europa. ¡Qué nuevo era para mí despertarme por la mañana y sentirme libre de toda obligación precisa! Ni tren que tomar á hora fija, ni cita á que acudir, ni discurso que pronunciar. Era un cambio notable en la vida de un hombre que, á veces, en una misma noche se había tendido en tres camas diferentes.

Llegado el domingo el capitán me rogó que presidiera el servicio religioso. Tuve que negarme porque no soy ministro. Pero entonces insistieron los pasajeros para que les hiciese una alocución en el comedor. El Senador Sewell presidió. Después de una travesía de diez días, con un tiempo espléndido y sin haberme mareado un minuto, desembarcamos en la interesantísima y antigua ciudad de Amberes en Bélgica.

El día siguiente se celebraba una de las numerosas fiestas del país. Era además un hermoso día de sol. Nuestro cuarto daba sobre la gran plaza y la primera ojeada dióme una sensación de novedad extraordinaria. Los campesinos que llegaban cargados de flores para venderlas en el mercado, las mujeres con sus carritos de que tiraban los perros, llenos de jarros de leche, y toda la muchedumbre empujándose hacia la catedral constituían para mí un espectáculo absolutamente nuevo.

A nuestra permanencia en Amberes sucedió un viajecito por Holanda con algunos americanos, entre otros Eduardo Marshall y algunos artistas que habían hecho la travesía con nosotros. Este corto viaje fué encantador. Contribuyó á su encanto el que lo hicimos por el canal sobre un barco viejo, á antigua usanza; lo que al mismo tiempo nos dió pie para hacer observaciones sobre las costumbres de los campesinos. De este modo llegamos hasta Rotterdam y aún hasta La Haya, donde tenía lugar entonces la conferencia de la paz y donde fuimos admirablemente recibidos por los representantes americanos.

Me pareció notable Holanda por su agricultura y sus grandes rebaños de Holstein. Me llenó de asombro el partido que saben sacar allí de un palmo de tierra: no podemos formarnos idea de esto en América; creo que no se pierde un centímetro cuadrado de terreno. Por

otra parte el sólo espectáculo que ofrecían aquellas trescientas ó cuatrocientas vacas hermosas de Holstein paciendo en la campiña de verdura intensa justificaba las molestias del viaje.

Regresamos rápidamente, por Bélgica, no deteniéndonos más que en Bruselas para visitar el campo de Waterloo. Desde allí, en un directo, nos trasladamos á París, donde el señor Teodoro Stanton, hijo de Elisabeth Cady Stanton (1) había hecho ya, sin tener nosotros noticia de ello, todos los preparativos necesarios para procurarnos una buena instalación. Apenas llegados, recibimos una invitación para asistir al banquete del Club de la Universidad en París. Nos encontramos en él con el expresidente Benjamin Harrison y el arzobispo Ireland, de paso, entonces por París. El embajador de América, general, Horacio Porter, presidía el banquete. Mi alocución pareció producir una impresión favorable. El general Harrison tuvo la amabilidad de consagrar su discurso á mi persona y á la influencia que podría producir en el problema de las razas mi obra en Tuskegee. Esta primera alocución me valió otras muchas invitaciones que tuve que ir rechazando por no faltar al principal objeto de mi viaje que era, ante todo, descansar. Hice una excepción en favor de la capilla americana, donde tuve como oyentes al general Harrison, al general Porter y á otros americanos de nota.

El Embajador de América nos hizo una visita de atención, pasados unos días y nos invitó á una recepción en la Embajada. Había en ella multitud de americanos y vimos, entre otros magistrados, á los jueces Fuller y Harlan, del Tribunal supremo de los Estados

(1) Joven literato negro que se ha hecho una sólida reputación como novelista y poeta. — (N. del T.)

Unidos. Durante mi permanencia de un mes en París, el Embajador de América, su esposa y otros americanos, tuvieron para nosotros toda clase de amables atenciones.

En París pudimos ver con frecuencia al célebre pintor negro, cuyo conocimiento hicimos ya en América, O. Tanner. Comprobamos con alegría que se había hecho un nombre entre los artistas y que gozaba de mucha autoridad entre todas las clases sociales. Los amigos á los cuales manifestábamos nuestra intención de ir á visitar en el Luxemburgo el cuadro de un negro, se maravillaban de que tal honor se hubiera hecho á un hombre de color. Han necesitado verlo para convencerse. El ejemplo de Tanner volvió á confirmarse en la idea que no dejo de predicar á nuestros alumnos de Tuskegee y á todo nuestro pueblo, en la medida en que puede oír mi voz: todo hombre recoge, tarde ó temprano, sin diferencias de color, la recompensa que merece, cuando logra separarse de los demás por su valor personal aunque sea humilísimo. Lo he dicho muchas veces y lo repito ahora: creo en el porvenir de mi raza en tanto que mi raza aprenda á hacer mejor que nadie lo que hacen las demás; ó que sepa prestar servicios de los que la Humanidad considera como indispensables. Un sentimiento confuso de todo esto me animó en Hampton mientras hacía mi famosa prueba de barrido.

En aquel momento sentía perfectamente que mi porvenir dependía de aquella labor y estaba resuelto á concluirla con tanta perfección que nadie tuviera nada que decir. El el Museo de Luxemburgo no se preguntan á qué nacionalidad pertenece Tanner: si es un negro, un francés ó un alemán. Saben que ha producido algo de que el público tiene necesidad: un cuadro hermoso; la idea de que puede tener la piel de otro color que otros pintores no se le ocurre á nadie. Una negra que se-

pa cocinar, lavar los platos, coser ó escribir un libro mejor que otra mujer y un muchacho negro que sepa cuidar caballos, cultivar patatas, hacer manteca, construir una casa ó ejercer la medicina mejor que otro hombre, serán juzgados por lo que hagan, y no por su color ni por su raza. En fin de cuentas el mundo acabará por exigir la perfección en todo y los que puedan ofrecer *lo mejor* serán los preferidos cualquiera que sea su raza, su religión ó sus antecedentes históricos.

Todo el porvenir de mi raza se apoya en una sencillísima cuestión. ¿Podrá hacerse de tal modo indispensable en el municipio ó en la región á que pertenece, que su presencia sea necesaria para el bienestar de todos? Es imposible que un hombre contribuya al bienestar material, intelectual y moral de su prójimo sin obtener la recompensa adecuada. Es ley de la naturaleza humana que no puede dejar de regir indefinidamente.

Me ha sorprendido mucho el prurito del goce y la excitabilidad que en tan larga medida parecen caracterizar al pueblo francés. Creo que estos trazos están más acusados en ellos que en las gentes de mi raza. Desde el punto de vista de la moralidad y de la gravedad interna no creo que los franceses sean muy superiores á los hombres de mi color en América. Las exigencias de la vida y la gran competencia industrial les han enseñado á hacer las cosas con más habilidad y á practicar una economía más estricta. Pero esto puede aprenderlo mi raza con el tiempo. Desde el punto de vista de la veracidad y del sentimiento del honor no creo yo que el francés medio sea superior al negro americano; por lo que se refiere á la piedad y á la dulzura con respecto á los animales creo que mi raza le es infinitamente superior. De hecho, cuando salí de Francia tenía más

confianzas que nunca en el porvenir del negro americano.

De París nos trasladamos á Londres: llegamos en el mes de Julio, en plena *season*. Estaba abierto el Parlamento y había multitud de fiestas. El señor Garrison y otros amigos nos habían provisto de cartas de presentación y habían escrito á varias personas en Inglaterra para advertirlas de nuestra llegada. Desde los primeros días llovieron sobre nosotros las invitaciones para toda clase de fiestas sociales; también recibí algunas demandas de discursos. Me negué á la mayor parte de estas demandas, alegando mi necesidad de descanso. Tampoco aceptamos más que un reducido número de las otras invitaciones. El reverendo doctor Brooke Herford y la señora Herford, á quienes había conocido en Boston, organizaron, de acuerdo con el embajador de los Estados Unidos, una reunión en Essex Hall. Joseph Choate, el propio embajador, consintió en presidirla. Acudió á ella gran gentío: muchos personajes conocidos y miembros del Parlamento, entre otros, James Bryce, que pronunció algunas palabras. El breve discurso de introducción del embajador y un extracto del mío fueron publicados en todos los periódicos de América y de la Gran Bretaña. El doctor Herford y su señora nos invitaron á una de sus veladas, donde tuvimos la fortuna de encontrar reunida la mejor sociedad de Inglaterra. Durante nuestra permanencia en Londres fuimos objeto de las más amables atenciones por parte del embajador Choate. En su casa conocí á Mark Twain.

En diferentes ocasiones fuimos huéspedes de la señora T. Fisher Unwin, hija del hombre de Estado Ricardo Cobden. El señor y la señora Unwin hicieron cuanto estaba en su mano para sernos agradables. Más

tarde pasamos cerca de una semana en casa de la señora Clark, la hija de John Bright que habita en Street en Inglaterra. Al año siguiente la señora Clark y su hija vinieron á devolvemos la visita en Tuskegee. En Birmingham nos hospedó el señor Joseph Sturge, cuyo padre fué ardiente abolicionista y gran amigo de Whittier y Garrison. Yo me consideraba muy feliz cada vez que podía trabar conocimiento con alguno de los que en Inglaterra habían conocido y honrado al muerto general William Lloyd Garrison, y al honorable Federico Douglass. Los abolicionistas ingleses con los cuales estuvimos en relación no se cansaban de elogiar á los dos grandes americanos. Hasta entonces yo no me había formado una idea exacta del interés con que los ingleses habían seguido la causa de nuestra libertad, ni de lo mucho que á ella contribuyeron.

Mi mujer y yo pronunciamos cada cual una alocución en el club liberal de las mujeres en Bristol. Igualmente fuí invitado á hablar en la sesión de fin de curso del Real Colegio de ciegos: la ceremonia tuvo lugar en Crystal Palace y presidía el difunto duque de Westminster, uno de los hombres más ricos, sino el más rico del mundo. El duque, la duquesa y su hija parecieron muy satisfechos de mi discurso y me lo agradecieron calurosamente.

Gracias á la amabilidad de Lady Aberdeen pudimos asistir al Congreso Internacional de mujeres que en aquella época se celebraba en Londres; y también gracias á ella, pudimos ir á visitar á la reina Victoria á su castillo de Windsor, donde tuvimos el honor de tomar el té como huéspedes de su majestad. Formábamos parte de una delegación en la que figuraba miss Susan B. Anthony. No siempre se presenta la ocasión de ver reu-

nidas, á dos mujeres tan notables y tan diferentes como la reina Victoria y miss Susan B. Anthony (1).

En la Cámara donde tuvimos ocasión de ir algunas veces, me encontré con sir Henry M. Stanley, con quien hablé del Africa y de las ventajas que podría tener para los negros una emigración á ella. Pero aquellas conversaciones me convencieron de que no había esperanza ni probabilidad alguna de que los negros de América mejoraran su suerte trasladándose al Africa.

Muchas veces tuvimos la buena fortuna de vernos invitados por ingleses á sus casas de campo, donde el carácter inglés puede manifestarse con entera libertad. Los ingleses tienen sobre los americanos la ventaja de saber disfrutar más de la vida. Su vida de familia es perfecta. Todo se lleva á cabo con una regularidad irreprochable. La deferencia de los criados por sus dueños me ha sorprendido tanto más cuanto que en América ni el nombre de dueños se tolera ya. El criado inglés no aspira á salir de su condición y esto hace que se perfeccione en ella, mientras que al americano no le deja perfeccionarse el deseo de convertirse con el tiempo en *dueño*. ¿Cuál de los dos sistemas es mejor? No puedo dar la respuesta.

Hay, además, en Inglaterra un gran respeto, en todas las clases sociales por el orden y la ley: todo se lleva á cabo con un aplomo y una perfección que me admiraban á cada instante. El inglés se toma mucho tiempo para sus comidas y para todo cuanto hace. Es indudable que á la larga, hace tanta labor como el americano, apesar de su agitación y de su *rush*.

Mi visita á Inglaterra me ha hecho conocer mejor á

(1) Revolucionaria americana que ha reclamado el derecho del voto para las mujeres.—(N. del T.)

la nobleza inglesa y he aprendido á estimarla. No creía yo que fuera á tal extremo querida y respetada de las masas; ignoraba el tiempo y el dinero que consagra á las obras filantrópicas. Hasta entonces había creído que tiraba el dinero por la ventana llevando una vida de prodigalidad y fausto.

Los auditorios ingleses no son los más á propósito para animar á un orador americano: me fué difícil acostumbrarme. El inglés es de una gravedad desesperante y, en general, lo toma todo en serio. Cuando relataba alguna anécdota que habría hecho morir de risa á un auditorio americano, mi auditorio inglés me contemplaba tranquilamente sin esbozar siquiera una sonrisa.

Cuando un inglés os coge amistad y os abre su corazón, sabe uniros á él por lazos indisolubles; estoy seguro de que no existen en la tierra amistades mejores y más duraderas. Y á este propósito quiero contar lo que nos sucedió á nosotros mismos. Mi mujer y yo fuimos invitados á una *soiree* que daban los duques de Sutherland en Stafford House, que tiene fama de ser la casa más suntuosa de Londres, como la duquesa tiene fama de ser la mujer más hermosa de Inglaterra. Habían acudido á la fiesta unas trescientas personas. Durante la velada, la duquesa se molestó dos veces para venir á hablarme y me hizo prometer que, una vez de regreso en Tuskegee, le escribiría para enviarle datos y noticias sobre el Instituto. Así lo hice. El mismo año por Navidad, recibimos su fotografía con su autógrafo. Hemos continuado en correspondencia con ella y sabemos que en ella tenemos una de nuestras mejores amigas. Después de tres meses de permanencia en Europa, nos embarcamos, para el regreso, en Southampton, á bordo del San Luis. Había en aquel barco una espléndida biblioteca que le habían ofrecido los ciudadanos de San Luis

(Missouri). En esta biblioteca encontré una biografía de Federico Douglass que comencé á leer. Lo que me interesó particularmente fué la relación que hace del trato que le dieron cuando se embarcó para Inglaterra. Dice que durante todo el viaje tenía prohibido entrar en el salón ó mantenerse en la puerta. Apenas acababa de leer esto, cuando recibí á una delegación de pasajeros de ambos sexos que venían á suplicarme les hiciera una alocución en un concierto que debía celebrarse al otro día. A despecho de estos ejemplos se continuará negando que la antipatía de razas tiende á desaparecer en América.

Presidió el concierto aquel, el honorable Benjamín B. Odell, actual gobernador del Estado de New-York. Aquella tarde tuve el auditorio más simpático que pueda soñarse y la mayor parte de mis oyentes eran ciudadanos del Sud. Se expuso la idea de hacer una colecta para Tuskegee: todos contribuyeron con sus dádivas.

En París había recibido una carta que me sorprendió y me conmovió profundamente. Los ciudadanos de la Virginia del Oeste y de la ciudad donde había pasado mi infancia me escribían lo que sigue:

*«Charleston (Virginia del Oeste), 16 de Mayo 1899.*

»Querido señor: un gran número de ciudadanos, entre los que está lo más selecto de la Virginia del Oeste, han manifestado, de común acuerdo, su admiración por usted y por su obra, así como el deseo de que, á su regreso de Europa, consienta usted en honrarles con su presencia y hacerles oír su palabra elocuente. Con verdadera alegría le comunicamos la expresión de estos votos y, en nombre de los ciudadanos de Charleston, le rogamos que nos favorezca con una visita á fin de que

podamos honrar á usted que con su vida y con su obra ha hecho tanto en honra de todos.

»De usted muy sinceramente,

»*El Consejo Municipal de la villa de Charleston.*

*El alcalde,*

»W. HERMAN SMITH».

A esta invitación siguió otra que me enviaban unas cuantas personas cuyas firmas seguían á continuación:

»*Profesor Booker T. Washington.*

»París-Francia.

»Señor:

»Nosotros, ciudadanos de Charleston y de la Virginia del Oeste deseamos hacerle saber lo orgullosos que estamos de usted y de la bella carrera recorrida hasta aquí. Nos sería gustoso poderle dar muestras de nuestra admiración y de nuestro interés, de una manera más efectiva.

»Rogámosle nos dispense el honor de aceptar la hospitalidad de nuestra villa, á su regreso de Europa, para brindarnos la ocasión de oírle y de entrar en relación con la obra que usted dirige, para que podamos contribuir á ella por nuestra parte y para que podamos recibir la inspiración de su palabra y de su presencia.

»Sólo esperamos una pronta respuesta, indicándonos el día en que podremos desearle la bienvenida en nuestra villa.

»De usted respetuosamente,

»*The Charleston Daily Gazette; the Daily Mail Tribune; G. W. ATKINSON, gobernador; E. L. BOGGS, secretario del gobernador; M. O. DAWSON, secretario de Estado; L. M. LAFOLETTE, tesorero; J.-R. TROTTER, director de las escuelas; E. W. WILSON, ex-gobernador; JOHN DICKINSON, presidente del banco de Kanawha Valley; L. PRICHARD, presidente del banco nacional de Charleston, etc., etc...*»

Esta invitación que partía del Consejo municipal, los funcionarios del Estado y de todos los ciudadanos importantes de ambas razas de la ciudad donde había pasado mi infancia y de la que había salido, algunos años antes, pobre, ignorante y desconocido, en busca de una educación, esta invitación, digo, á la vez me llenó de gozo y me enterneció. ¿Qué había hecho yo para merecer tantos honores?

Anuncié el día en que contaba llegar á Charleston y fui recibido en la estación por una diputación que presidía el exgobernador V. A. Mac-Corkle y en la que figuraban en número igual blancos y negros. Habíase puesto á la disposición del Comité la sala del teatro y la raza negra tomó parte activa en la organización de la velada. La sala estaba llena de blancos y negros y entre los primeros había muchos para quienes yo había trabajado, siendo niño. Al día siguiente, el gobernador y su esposa dieron, en mi honor, una *soirée*, en el palacio del gobernador, en la que estaban representadas todas las clases de la sociedad. Poco después, los negros de Atlanta (Georgia) me hicieron una recepción presidida por el gobernador del Estado; también en Nueva Orleans fué á recibirme el alcalde de la ciudad. Por entonces caía sobre mí una lluvia de invitaciones y tenía que rechazarlas casi todas.